

Dani Montero

No te haré
ningún daño

la esfera  de los libros

I

Laura trató de reclinarse despacio, sintiendo cómo su cabeza daba vueltas mientras sus pupilas intentaban ubicarse en una especie de neblina al abrir los ojos. La joven trató de moverse. No pudo. Quiso levantar las manos, estirar las piernas y ponerse de pie llevada por el instinto. Imposible. Pronto notó la presión de las correas en su cuerpo, la tensión en los tobillos, en los muslos, en los brazos... Sintió sobre la frente con cada intento de escapar la cinta de cuero que ataba su cabeza y la mantenía inmóvil en el cabecero de aquella especie de camastro. La postura le pareció familiar. Reclinada y con las piernas abiertas. Se sintió expuesta y fue entonces cuando lo entendió. Laura había despertado cautiva sobre un antiguo sillón de parto. Una vetusta camilla de ginecólogo que se había convertido en su cárcel y que emitía un chirrido metálico con cada movimiento.

Tras un par de forcejeos, la joven desistió y fijó su mirada en el techo de la habitación mientras se esforzaba por adivinar sin suerte dónde se encontraba. Su visión periférica acertó a dibujar una estancia cerrada y sin ventanas, con una luz fría y de aspecto abandonado. Los muros estaban repletos de símbolos, de números y notas, mientras la humedad manchaba con un juego asimétrico el blanco de la escayola y pequeños fragmentos de

yeso se desprendían de la pared, a veces lisa y a veces desconchada. En el techo, Laura pudo ver colgadas algunas cadenas y herramientas. Paró un momento y trató de respirar. La joven notó en el aire un olor extraño. Una mezcla de productos químicos, sudor y olvido. Una versión repulsiva de todo lo que haría que cualquier mujer quisiera salir de allí corriendo cuanto antes.

A la derecha, comenzó a percibir la silueta de un hombre erguido a su lado.

—Hola, Laura. Me alegro de que hayas despertado —escuchó mientras notaba que una mano áspera le acariciaba despacio el cabello—. Bienvenida a mi casa de muñecas, el lugar donde podrás encontrar la paz que ansías y donde estarás de nuevo en comunión con el mundo. El sitio donde todos los llamados se han perdido y donde ellos no te encontrarán nunca.

La voz sonaba tenue y tranquila. Suave incluso, con la monotonía de aquellos que se toman la escena casi como un axioma. Como un momento que el destino había hecho inevitable.

Laura trató de hablar hasta que notó el dolor. Hasta que confirmó que sus labios estaban pegados con algún tipo de químico, y cosidos después con sutura por encima de la comisura de su boca. El intento de pronunciar palabra le produjo una punción intensa desde la mandíbula hasta el oído que se tradujo en un gemido ahogado. Entonces su pulso se aceleró y el sudor empezó a bajar por su frente. Fue cuando sus pulmones comenzaron a pedir más aire presos del pánico.

—No hables todavía. No es el momento —le dijo de nuevo aquella voz mientras la silueta se giraba para tomar una especie de herramienta de la mesa contigua—. Antes de hablar debes ser una con el mundo. Tienes que modular tu energía, tu frecuencia y la forma en la que vibras. Tienes que entender que el padre y el hijo deben ser solo uno y que tú también debes pagar por sus pecados. Tienes mucho que decir, pero has de sentir que

todo encaja hasta lograr que el caos se vuelva armonía. Solo entonces, cuando lo consigas, encontraremos las respuestas y podrás dar tu deuda por saldada.

La joven trató de hablar de nuevo. De chillar. De pedir ayuda. La piel de sus labios comenzó a separarse a costa de la sangre. De las heridas provocadas por la sutura. Laura notó de pronto un sabor metálico en su boca y un zumbido junto a la base del cráneo. Una vibración extraña que se hacía más intensa cada vez que aquel hombre acercaba lo que parecía un diapason de metal a su cabeza. Laura movió otra vez los brazos, ahora con más fuerza. La camilla se inclinó de lado a lado con sus intentos. Volvió el ruido metálico. La presión en cada parte de su cuerpo pegada por las correas a aquel potro.

Su respiración se hizo más rápida. Más intensa. Más acelerada cada vez que su garganta pedía auxilio, pero el dolor de su boca era demasiado fuerte como para abrir los labios. Gritos sordos. Y gemidos. Solo gemidos.

—No te preocupes. Pronto acabará todo.

Su cabeza se volvió a nublar. Sintió que sus párpados pesaban de nuevo hasta cerrarse y, con ello, se volvió oscuro el último atisbo de luz que le quedaba. La joven supo que su conciencia se escapaba. Que su cuerpo se apagaba como defensa previa antes del colapso provocado por el miedo. Una reacción límite. Al borde del desmayo, Laura pudo escuchar unas últimas palabras. Un susurro al oído que llegó mientras una mano le acariciaba de nuevo el pelo.

—Tranquila. No te haré ningún daño.

A esas alturas, ambos sabían que aquella promesa... no era verdad.

II

Héctor Lobo se quedó inmóvil durante unos segundos mientras miraba a aquella mujer de avanzada edad al otro lado del cristal. Esa misma mañana había despertado en su casa del centro de Madrid, aturdido y alertado por la existencia de pequeños cortes y moratones en su cuerpo. Las marcas de sus nudillos no dejaban lugar a dudas. Otra pelea. El problema era que, como en otras ocasiones, Lobo no era capaz de recordar a ciencia cierta qué había sucedido, quién había sido el objeto de sus golpes y, sobre todo, cómo había terminado de nuevo en casa.

El inspector de Homicidios tampoco le dio más importancia. Seguro que en algún lugar de la ciudad había alguien doliéndose también de sus heridas. Era una cuestión de karma: algo te llevas y algo dejas, pero a base de hostias. Lobo se frotó la cabeza y recordó su despertar semidesnudo en el sofá, mientras Gibbons, un perro de aguas que había adoptado hacía un par de años, le lamía la cara. Hacía meses que no le pasaba, pero cada cierto tiempo era normal que una noche de borrachera terminara en algo más que un alboroto. Propensión a la violencia, le llamó la psicóloga del cuerpo a su puta manía de resolverlo todo a golpes. Con el paso de los años, había apren-

dido a vivir con la incertidumbre de la ausencia de recuerdos. Ya fuera causa del alcohol o la excitación, en ocasiones era incapaz de recordar lo que había pasado. Algo que Lobo había vinculado siempre a sus fantasmas. Esas pesadillas con nombres de víctimas o casos inconclusos que, en ocasiones y tras años de servicio, le impedían conciliar el sueño. Posiblemente por eso estaba allí de pie parado, en mitad del pasillo, aquel 22 de octubre.

En su cabeza resonaba todavía el sonido de la televisión mientras desayunaba su primer cigarro del día; los informativos contaban que sus compañeros de Secuestros y Desaparecidos en la Policía Judicial llevaban ya ocho días buscando a Laura Gascón, abogada y, sobre todo, hija de Mario Gascón, un magistrado del Tribunal Supremo, que había desaparecido sin dejar rastro. La influencia de su padre dentro del cuerpo policial se había convertido en efervescencia a la hora de buscar a su hija. Un mar de esfuerzos sin resultado. Mientras los medios de comunicación llenaban horas de televisión con especulaciones sobre el crimen, sus compañeros investigaban en el más absoluto secreto. Hablar de más sobre ese asunto era ponerse una diana en el pecho para que el juez les imputara por revelación de secretos. No fue el único crimen del día. El locutor de turno alertaba además de que un empresario había aparecido muerto esa misma noche en su chalé de lujo en Majadahonda. Por el momento y según los periodistas, todo parecía un asunto de cuernos, pero cualquiera se fiaba de ellos.

El desorden de su casa, atiborrada de muebles gastados y libros de viejo tirados por las esquinas, contrastaba en su cabeza con la pulcritud de aquel centro de salud mental. La clínica de Nuestra Señora de Fátima era un hospital privado ubicado a las afueras de Madrid. Lo que antes se llamaba un psiquiátrico. Un lugar donde pasaba sus días un centenar de pacientes con problemas mentales severos. Irrecuperables para

la vida en sociedad y olvidables para la mayoría de sus seres queridos.

Lobo se giró sobre sus pies al escuchar el ruido de unos tacones por el pasillo.

—Hola —saludó el agente con una cortesía casi fingida—. Perdone que no haya podido venir antes. ¿Cómo está Blanca hoy? Sé que no puedo pasar, pero le he traído unas flores.

—Hola, Héctor. Ya sabes que para ella son fechas complicadas —contestó la doctora Arosa, que se encargaba de tratar a Blanca Aliste desde que la mujer había ingresado en aquel centro hacía más de cuarenta años—. Cuando llegan estos días la pobre se pone muy nerviosa. Ha pasado las últimas semanas bastante bien, metida como siempre en sus cosas, pero ayer tuvimos que aumentar el tratamiento para que estuviera más tranquila. Puede que su cabeza no funcione bien, que le cueste recordar cualquier aspecto de su vida antes de llegar aquí, pero, cada año, su memoria salta como un resorte el 22 de octubre. No es algo infrecuente en la conducta de una paciente con historial homicida, en alguien que ha cometido un crimen como el suyo.

—A veces me cuesta pensar en ella como una asesina —reconoció Lobo, mientras al otro lado de cristal aquella mujer pintaba una y otra vez en círculos sobre una hoja de papel mientras recitaba una canción constante en voz baja—. Parece cada vez más inofensiva.

—Ya lo hemos hablado otras veces, Héctor. Es cierto que así parece estar en calma, que no es capaz de hacer daño a una mosca si está bien medicada, pero su crimen fue brutal y su cabeza nunca se ha recuperado de aquello. No hace falta que te diga lo que hizo con su marido. Todo para después prenderle fuego a la casa e intentar quemarla con su hijo pequeño dentro. No se me ocurre nada más atroz. La verdad es que a veces me pregunto por qué sigues viniendo después de tanto tiempo, si ella es incapaz de recordar. Incapaz de recordarte.

—Blanca no sabe quién soy yo. Pero por muchos años que pasen, yo sí que sabré siempre quién es ella, doctora Arosa. Un hijo nunca olvida a una madre.

Fue en ese momento, mientras el agente miraba por el cristal a la mujer que le dio la vida y segó la de su padre, cuando Lobo recibió la llamada de teléfono que lo cambió todo.

III

El agente dedicó los cuarenta minutos que separaban aquella clínica mental del centro de Madrid a repasar una y otra vez en su cabeza las palabras que acababa de escuchar al otro lado de la línea. Laura Gascón había aparecido. La abogada. La hija del magistrado del Tribunal Supremo que la policía llevaba ocho días buscando sin descanso. El problema era que las noticias eran las peores, y la joven había sido encontrada muerta.

En aquel momento, Lobo sabía poco del caso. Sus compañeros de Desaparecidos hablaban con cautela de que la chica había sido raptada en el parque Norte de Madrid mientras salía a correr a primera hora de la mañana. De forma sorprendente, nadie había visto nada desde que Laura salió de su casa a las seis de la mañana vestida con ropa deportiva y hasta que su familia dio la voz de alarma a media mañana, tras tener noticias de que la joven no se había presentado a una cita importante en el trabajo.

No era normal. Laura Gascón vivía en una zona residencial entre la carretera de la M-30 y la avenida Monforte de Lemos, en el barrio del Pilar. El barrio era famoso en Madrid por tener grandes pisos donde vivían, por ejemplo, varios jugadores del Real Madrid cuando el equipo tenía sus campos de entrena-

miento a escasos metros de la plaza de Castilla. Ahora había allí cuatro rascacielos y las calles colindantes se habían convertido en barrios dormitorio de ejecutivos con cierto poder adquisitivo. Lo más normal era que las urbanizaciones de la zona tuvieran un portero que cuidara la finca durante todo el día, además de cámaras de seguridad que vigilasen y dejaran registrado cada movimiento las veinticuatro horas.

Así fue en el caso de Laura Gascón. Las cámaras de seguridad de su edificio dejaron constancia de que la chica salió sola a las seis de la mañana, como cada día, a correr por el parque. Lo hacía cada amanecer durante poco más de cuarenta minutos, en una ruta prácticamente circular que bajaba casi hasta el centro comercial de La Vaguada y volvía a subir después hasta el hospital de La Paz. En las imágenes se podía ver con claridad a Laura vestida con una sudadera y unas mallas del mismo color y con zapatillas deportivas cuando salía del portal. Al cuello llevaba una especie de braga de un color naranja estridente. Un reflectante destinado a que los coches la vieran si tomaba en su carrera algún tramo de asfalto. Algo que, por lo que sabían hasta el momento los investigadores, nunca sucedió. Su último rastro en imágenes se perdió en apenas dos segundos. El tiempo que logró enfocarla por azar la cámara de seguridad de una sucursal bancaria aledaña al parque. A partir de ahí, nada. Su teléfono móvil, el mismo iPhone que utilizaba para marcar sus tiempos y subir a la red el itinerario matutino, dejó de tener cobertura poco después de las seis y cuarto de la mañana. El apagón llegó al lado de unas cocheras donde los jóvenes suelen sentarse a beber las noches de fin de semana para resguardarse del frío. El lugar suele estar casi vacío de madrugada.

Con esos mimbres, los compañeros de Lobo en Desaparecidos trabajaban con la tesis de que su raptor, el hombre que se había llevado a Laura, pudo acecharla escondido en aquel parque y subirla en un coche para perderse después por una de las arterias principales de la capital. Desde el nudo norte, a menos de dos

minutos de allí, cualquiera podía estar a kilómetros de Madrid en menos de quince minutos, en un abanico que iba desde la carretera de La Coruña hasta la de Guadalajara, pasando por cualquier punto de la sierra norte de Madrid. Mal asunto.

Los agentes pasaron dos días revisando por turnos las cámaras de tráfico de un túnel cercano, el del intercambiador de las cuatro torres, con la esperanza de encontrar algún vehículo sospechoso. Gracias a un lector ubicado en la boca del túnel, todos los coches que pasaron por allí en el momento del rapto habían sido cruzados con una lista negra de matrículas potencialmente peligrosas, un listado con los vehículos pertenecientes a agresores sexuales que habían cumplido condena y que vivían en un radio de ciento cincuenta kilómetros e incluso con los datos de todos los coches robados en la Comunidad de Madrid en las últimas setenta y dos horas. Pero nada había dado resultado.

En un primer momento, los agentes descartaron prácticamente el robo como motivo de la desaparición. El barrio tenía uno de los niveles de delincuencia más bajos de la ciudad y no tenía mucho sentido que alguien intentara robar a las seis de la mañana a una chica sin bolso, sin joyas a la vista y cuya única pertenencia de valor en ese momento era el teléfono móvil. Un terminal que tampoco había aparecido. Después, los investigadores se centraron en su vida laboral. Laura era abogada, había llevado algunos casos complicados como el divorcio de una rica heredera de la *jet set* madrileña que pronto fue pasto de la prensa rosa. Pero nada serio. En su vida personal, todo parecía tranquilo. La joven vivía sola desde hacía años en un ático de lujo comprado con la ayuda de sus padres, mantenía una relación esporádica y poco conocida con una compañera de despacho, y pese a que ambas llevaban su amor con una discreción que rozaba lo clandestino, no había tiranteces aparentes en la pareja.

Los compañeros de Lobo revisaron incluso uno por uno los casos en los que su padre había participado con la esperanza de encontrar a alguien dispuesto a hacer daño a la chica para pre-

sionar al magistrado. Entre los casos abiertos, nada. La lista de agraviados durante la carrera de Mario Gascón como juez, y más tras su paso por la Audiencia Nacional, incluía desde los principales capos de la mafia rusa hasta un rosario de sicarios contratados por clanes colombianos. Una amalgama de auténticos hijos de puta capaces de todo que hacían del caso un galimatías todavía más complicado. Siendo sinceros, de aquella lista cualquiera podía haber encargado un secuestro. Bien por interés o bien por una venganza. Pero ahora esa montaña de incertidumbres, de interrogantes abiertos y de problemas sin resolver que le parecían ajenos se había convertido de un plumazo en la responsabilidad única y exclusiva del inspector Héctor Lobo.

El policía bajó la radio mientras enfilaba las rectas del Corredor del Henares. La monotonía de la carretera le sirvió para tratar de recordar de nuevo los detalles que al otro lado de la línea le había dado su compañera Espinosa. Abril Espinosa, la mujer a la que le había caído la condena de aguantarle en el trabajo, a veces como confidente y otras prácticamente como niñera.

Desde que Lobo había llegado a Homicidios hacía seis años, Espinosa era, posiblemente, la única persona a la que Héctor toleraba de toda la brigada. Por norma general, un grupo compuesto por seis o siete agentes se encarga del trabajo policial de un caso tan complejo como este, aunque el peso de las diligencias recae sobre todo en una pareja. En dos inspectores que son los que conocen y coordinan todas las pesquisas. Los que toman las decisiones. Cuatro ojos ven más que dos y dos mentes son capaces de encontrar enfoques distintos que ayudan siempre a entender y resolver un crimen.

Pero eso no servía para Lobo. Después de sus años de orfanatos, de su entrada en la academia, de su paso por los equipos de Estupefacientes y de sus cuatro años trabajando como infiltrado antes de llegar a Homicidios, Lobo había desarrollado un

método infalible para echar de su lado a todo aquel que mostrara el mínimo interés por él. A todos, excepto a Espinosa.

Ya esperaba oír su voz al otro lado de la línea cuando la pantalla de su móvil le mostró antes de cogerlo la ristra de números que identificaban la centralita de la sede central de la Comisaría Judicial, en el madrileño barrio de Canillas.

—Joder, Lobo, menos mal que te encuentro, ha dicho Ferrero que vuelvas a Madrid echando leches. No te imaginas la que tenemos aquí montada.

—¿Qué pasa? Ni que hayan matado al papa.

—Peor. Es Laura Gascón, la hija del magistrado. Ha aparecido muerta. Ya sabes lo que eso supone. El caso deja de llevarlo Desaparecidos para caernos en toda la espalda a los de Homicidios. No sé qué mosca le ha picado, pero la comisaría está empeñada en que el asunto lo lleves tú.

—Pero si la investigación la han llevado ellos desde el principio. A saber qué mierda han hecho estos ocho días. No me jodas, Abril.

—Ya, tío, pero un muerto es un muerto —sentenció su compañera al otro lado de la línea. Su voz sonaba opaca—. Y me da que esta vez el asunto no es negociable. He visto a la jefa muy cabezona con el tema.

—¿Y cómo ha aparecido? ¿Hay testigos? ¿Sabemos los detalles?

—Lobo, por teléfono mejor no. Ya sabes cómo está el tema con las filtraciones y cualquiera puede estar escuchando. Además, si no lo ves con tus propios ojos, no te lo vas a creer.

IV

El número 103 de la calle Lagasca era un edificio de piedra gris con una puerta de forja negra que se abría en dos vanos dando paso a una especie de patio de caballos. Un vestigio de los años en los que el Madrid de los Austrias se expandía hasta el parque del Retiro y la burguesía adinerada del siglo XIX colonizaba lo que ahora se llama el barrio de Salamanca, una de las zonas más cotizadas de la capital.

A los pies del edificio, Lobo encontró a varios agentes de la Policía Municipal instalando un cordón policial para evitar el paso. Fuera de la cinta que delimitaba el perímetro, se agolpaban ya varios periodistas y las cámaras de las principales televisiones del país. ¿Cómo habían llegado tan rápido? Y más en un asunto tan sensible.

En cualquier caso, la presencia de la prensa era el menor de sus problemas. Espinosa se encargó de avisarle antes de poner un pie en el edificio de que en la planta de arriba había montado un buen jaleo.

—Está la comisaria Ferrero arriba. Lleva veinte minutos preguntando por ti mientras los de la Científica sacan huellas. No te imaginas la que tienen ahí montada —le soltó su compañera

a modo de resumen mientras los dos enfilaban el primer tramo de escaleras.

—¿Sabemos algo del escenario del crimen? —replicó Lobo, intentado recopilar la mayor parte de los datos antes de encontrarse cara a cara con su jefa.

—La señora de la limpieza la ha encontrado en el ático, el último de cinco pisos. La casa estaba anunciada por una inmobiliaria desde hace cinco o seis meses, así que está completamente vacía. Lo raro es que nadie ha oído nada. Debajo hay un despacho de abogados y al otro lado tampoco vive nadie desde hace años. La vivienda está a nombre de una sociedad de inversión, una empresa que la compró para hacer negocio y que la puso a la venta después de reformarla. Por el momento, solo hay una cosa que los compañeros tienen clara. Aquí no es donde se produjo la muerte.

—¿Y eso? —preguntó Lobo sorprendido.

—Ahora cuando entres lo entenderás.

La puerta de la casa estaba abierta y llena de un polvo de color blanquecino. A los ojos de un profano en asuntos policiales, aquellas manchas parecían simplemente el rastro de una reforma, el reguero de polvo levantado por los obreros después de un día de trabajar con yeso o cualquier otro material para enlucir paredes. Pero Lobo sabía perfectamente que aquello era un vestigio distinto: el rastro del polvo magnético empleado por sus compañeros de la Científica para revelar huellas, tanto en el marco de la puerta como en el pomo de la misma. Es lo primero que se mira en una casa. Quién y cómo ha abierto la puerta.

Fue entonces cuando Alberto Acuña, su compañero y jefe de la Policía Científica le saludó desde lejos y, como un gesto instintivo, le señaló una caja de guates de látex y otra de fundas para los zapatos, similares a las que usan los médicos en quirófano. No hacían falta palabras. Lobo se enfundó las manos y los pies en aquella especie de profilaxis para no contaminar el lugar mientras los hombres de Acuña pasaban a su lado con el instru-

mental necesario para analizar cada posible prueba. Sonaba a lo lejos el ruido de los *flashes*, de los compañeros tomando fotos de los elementos más importantes en el lugar, pero no fue hasta entrar en el salón cuando Lobo tomó conciencia de la gravedad del asunto.

La escena le dejó sin palabras. La habitación era grande, de unos cuarenta metros cuadrados, con las paredes pintadas de verde pastel y techos de más de tres metros. Una gran lámpara de cristal coronaba el centro de la estancia. Pero Lobo no podía apartar los ojos del cuerpo de Laura Gascón. El cadáver de la chica estaba colocado en medio de la sala, en una tarima de madera de cuatro metros cuadrados y medio metro de altura a modo de escenario. El cuerpo de la joven estaba sentado en una silla sobre él. De hecho, la mente de Lobo tardó varios segundos en entender lo que estaba viendo. El cuerpo de Laura estaba mutilado y el asesino se había dedicado de forma concienzuda a preparar la escena. Ese loco había moldeado el cadáver de la chica hasta imitar con él la forma de un instrumento musical. Un violonchelo.

Lobo aguantó de nuevo la mirada. La cabeza de Laura estaba inclinada hacia atrás, con la mandíbula abierta, los ojos arrancados y un corte en la garganta por el que el asesino había hecho pasar uno de los brazos de la propia chica, que antes había separado del torso y dejado solo en los huesos. Así, el húmero bajaba por la oquedad de la garganta hasta cruzar la cavidad torácica. A la altura del estómago, la joven había sido eviscerada y abierta de par en par junto a las costillas para imitar la forma del instrumento. El asesino se había tomado su tiempo. Tanto como para desangrar el cadáver y fijar, a modo de cuerdas, varios cables desde la muñeca de Laura, desde el brazo que hacía de mástil de aquel macabro instrumento, hasta la pelvis de la chica.

—Joder... qué puta locura —fue lo único que Héctor alcanzó a decir al ver el cuerpo de la joven mutilado en mitad de la

sala. La comisaria Ferrero se acercó por detrás con rostro preocupado, acompañada del jefe de la Científica.

—¿Dónde coño estabas, Lobo?

—Resolviendo asuntos personales, señora —contestó el inspector, zanjando el tema de la visita a su madre sin dar más explicaciones.

—No hace falta que te diga la tormenta de mierda que nos acaba de caer. Me ha llamado el ministro. Me ha llamado el secretario de Estado. Me ha llamado el juez Gascón, que no deja de preguntar en qué estado hemos encontrado a su hija. Me ha llamado todo dios, joder. O resolvemos esto rápido o vamos a tener problemas de verdad, Lobo.

—Me pondré enseguida, comisaria. En cuanto termine aquí, hablaré con la gente de Desaparecidos para que nos pasen todos los datos. Retomaremos cada pista de la investigación como si fuera nueva y veremos adónde nos lleva. —Lobo hizo una pausa hasta ordenar de nuevo las ideas en su cabeza—. Esto es lo más raro y más retorcido que he visto en mi vida.

—Pues todavía no lo has visto todo —contestó la comisaria sin quitar los ojos del cadáver.

Sin mediar palabra, Ferrero hizo un gesto y las luces de la habitación se apagaron. Todo quedó en penumbra y los agentes que estaban en aquel salón, hombres acostumbrados por su trabajo a investigar las escenas de crímenes atroces, enmudecieron.

Tras el cuerpo de Laura y en la pared frontal de la estancia, un potente foco de luz ultravioleta hizo que el efecto del luminol fuera visible y un reguero de sangre humana que previamente había sido limpiada se desveló en la pared hasta formar en grandes letras una frase en latín sobre la cabeza de la chica. Un macabro mensaje escrito a grandes trazos y que para nadie en aquel salón tenía sentido: «*Christus coronabit cruciferos*».